



Revista de Estudios Sociales

05 | 2000
Fin de Siglo

La novia oscura (fragmento)

Laura Restrepo



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30303>
ISSN: 1900-5180

Editor

Universidad de los Andes

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 enero 2000
Paginación: 125-131
ISSN: 0123-885X

Referencia electrónica

Laura Restrepo, « La novia oscura (fragmento) », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 05 | 2000, Publicado el 25 febrero 2019, consultado el 30 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30303>



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

La novia oscura (fragmento)

Laura Restrepo

Periodista, escritora y novelista.

Desde el primer momento, cuando vi la fotografía de Sayonara, tuve la intuición de que esa muchacha había muerto en circunstancias violentas. Así como adiviné que era prostituta por sus cejas toscamente depiladas y por su mirada suave y fría como el roce de la seda; así como sospeché -falsamente- que debía llamarse Clara por contraste con la oscura luz que despedía, así también recuerdo haber pensado que poseía ese tipo de belleza que le abre la puerta a la muerte.

He seguido los episodios de su vida tratando de registrar su huella leve y su rastro de incertidumbre. La Niña, la Sayonara y Amanda: he sido testigo de tres personas distintas y no he logrado conciliarlas del todo en una identidad definitiva y verdadera. Pero mal podría lograrlo yo, convencida como estoy de que ni ella misma podría.

-Estoy repartida por dentro, doc -me cuenta el doctor Antonio María que la oyó lamentarse alguna vez- y cada una de las que viven en mí, tira para su propio lado. Me fatigo, doc, de tanto tironeo que casi me descuartiza, y quisiera descansar siendo una sola.

-Todos andamos como tú, divididos -me dice el doc que le dijo-, pero cuando seamos uno y logremos descansar, es porque estaremos muertos.

He querido entender la pasión de esa mujer que no en vano llamaban Sayonara, y acompañarla por las rutas de su recurrente despedida. He querido saber cuál era el problema, pero parece ser una constante que el problema siempre es otro, y que detrás de los motivos que mueven a alguien suele ocultarse otro motivo. La vida se debate en aguas profundas mientras las palabras y las explicaciones resbalan sobre la lisura de la superficie.

Así está bien, pienso. Así debe ser. Que la memoria de la Sayonara quede donde debe estar, en las entretelas de la suposición y de la expectativa, medio velada y medio revelada por el recuerdo que otros tienen de ella. O de ellas. De las tres: Amanda, la niña y Sayonara. Y en cuanto a mí, que me baste con llegar al final de su historia con delicadeza. Con coherencia apenas y sin forcejeos, sin excesivos ajustes literarios y sin pretender aclarar el misterio de su trinidad. Debo dejar que su estela se extienda por entre las sombras, plural y liviana, evitando calcinarla al

exponerla a la luz del día.

Quiero ahora desandar los pasos que dio entre su gente a partir de ese día decisivo y barrido por aguavientos, el del regreso a Tora, cuando la vieron llegar tal como había partido, con la falda negra de tajo lateral, la melena chorreando agua, la blusa china con su ristra apretada de botones y su dragón doméstico.

-Tal como había partido, sí, con la diferencia de que ahora respiraba más profundo el aire -me aclara Todos los Santos-, pero de eso no nos percatamos sino quienes la amábamos. Quiero decir que traía encima algo nuevo, un don ganado durante la ausencia, y era el de la madurez. Una madurez espléndida, sin afanes ni estridencias, dulce y serena como el lucero del alba.

-¡Dulce y serena! -ríe la Olga- ¡Decirle lucero del alba a semejante tigre malayo! Me cuentan que el camino de regreso fue duro y lento, y lleno de asombros.

-Duro y lento y lleno de asombros, sí, señor, igual que la vida de la gente -filosofa la Olguita, y se echa a reír de nuevo.

-Ya calla, Olga -la reprende Todos los Santos-, deja de andar repitiendo, que pareces eco.

Sayonara llevaba del cabestro al burro, con la Fideo terciada como fardo sobre las angarillas. La enferma, fastidiada a rabiar dentro de su propio pellejo ulcerado y ardido, venía trinando del mal genio y reviraba con tal hosquedad ante cualquier intento de socorrerla, que en más de una ocasión la otra tuvo que amenazarla con dejarla abandonada para que algún viandante samaritano lidiara con sus demasías. Pero no había advertencia que valiera. La Fideo sólo daba tregua cuando se adormecía derrotada por la languidez y la hinchazón de sus miembros, pero volvía en sí a cada sacudida de la marcha para dar grandes voces al cielo, con un patetismo que a Sayonara le parecía fuera de tono:

-¡Ay, don Enrique, llévame contigo! — aullaba—. ¡Apiádate de mí y llévame donde tú estás, que aquí abajo todos son una parranda de cabrones!

-Malagradecida -protestaba Sayonara.

-Que vayan a joder a su madre los que crean que encima de todo tengo que dar las gracias. ¿Gracias, Dios mío, por estas bubas tan grandes como huevos de gallina? ¿Gracias a la Virgen por estas pústulas hediondas? ¿A quién carajos quieres que le dé las gracias?

-Al menos a ese señor que se acercó a ofrecerte agua. No tenías por qué maldecirlo; sólo quería ayudar.

-¡Ayudar! El malparido... Hermano será, o primo, o por lo menos compadre del cafre que me pegó esta peste.

Desde lejos, antes de que aparecieran los primeros tejados, Sayonara divisó las once llamaradas azules de las chimeneas de la refinería, que se elevaban contra la llovizna por encima de las copas de los árboles más altos, y sus ojos, reconociendo la querencia, se humedecieron al seguir el lento elevarse de las columnas de humo espeso. Aunque enseguida miró mejor.

-Qué humitos más raros -comentó.

-¿Qué tienen de raro? -gruñó la Fideo.

-Que suben muy raro.

Le pareció que se detenían a mitad de camino para expandirse hacia los lados, hinchándose en nubes gordas, esponjándose de manera inesperada para encapotar aun más los cielos recargados de electricidad, con lo cual lograban rarificar el aire y alterar en algo el aspecto de lo familiar, volviéndolo un simulacro.

-Las cosas han cambiado allá abajo, Fideo -le advirtió Sayonara-. No estamos regresando al mismo lugar que dejamos..

-Las cosas siempre cambian, o qué te crees, no te hagas la avispada.

En realidad las señales de la extrañeza habían empezado a dejarse ver, esporádicas, desde hacía un par de horas, cuando las viajeras se toparon con la primera enramada. A la vera del camino, así sin más, cubierta con chamizos y plásticos, con tres latones por paredes y hacia la parte del frente un costal por cortina; de un metro escaso de altura de tal manera que una persona cabía sólo acostada. Al lado de la enramada, sentada sobre una piedra, esperando, había una mujer muy pobre con los senos al aire y los labios pintarrajeados. La Fideo venía con fiebre y para protegerla de la llovizna, que la calaba y la estremecía, a Sayonara se le ocurrió la peregrina idea de pedirle permiso a la mujer de guarecerla bajo su choza mientras escampaba.

-¡Largo de aquí! -la boquipintada amenazó con arrojarles una piedra-. ¡Encima de que los clientes están tan escasos! ¡Largo de aquí, apestadas, antes de que me espanten a la clientela!

Algo más adelante el camino desembocaba en la carretera, ahora asfaltada, y la Sayonara, la Fideo y el burro echaron a andar por la orilla, apretándose contra los riscos para que en una curva no los arrollaran los vehículos que casi los rozaban al pasar zumbando, y para no morir bajo las ruedas de los camiones repletos de soldados y de armamento.

-Bonito, el asfalto -dijo la Fideo, en un repentino apaciguamiento del ánimo-. Brilla muy bonito.

-Refleja las luces de los automóviles, porque está mojado -le dijo Sayonara, y más le hubiera valido

quedarse callada porque la Fideo, de nuevo irascible, le contestó con una pedantería.

Y entonces, otra vez, los lugares conocidos espejearon con visos de irrealidad, cuando al lado de la carretera fueron apareciendo, una tras otra y a cada tanto, enormes vallas publicitarias en las cuales la empresa, mediante slogans, pretendía motivar a los trabajadores, o a la población masculina en general, a dejar atrás los riesgos de la vida errante y de los amores ilícitos para formar una familia con todas las de la ley. Hombre sin hogar, aseguraba la sabiduría en forma de letrado, es como santo sin manto, como ave sin nido, como nido sin ave, como casa sin techo, como techo sin casa, como testa sin sombrero o viceversa: todas cosas desamparadas, indeseables e incompletas.

-Oigan no más, la Troco insiste en oficiarse de casamentera al por mayor -dijo Sayonara, y no acababa de decirlo cuando distinguieron entre los matorrales, justo debajo de una de las vallas, otra enramada semejante a la anterior pero un tanto más sólida y adornada en redondo con un colorido festón sintético. Esta vez la dueña era una joven gorda y embutida entre unos slacks apretados, y aunque ellas se alejaron para no importunar, vieron descender a un chofer y a su ayudante de un Pegaso de 16 llantas que se detuvo al frente, vieron al chofer y a la gorda penetrar en la enramada y pudieron atisbar, por entre las rendijas que dejaban las ramas, lo que hacían allá adentro mientras afuera el ayudante esperaba su turno, cortándose las uñas con un alicate.

-La de antes trabaja para los de a pie y ésta para los motorizados -anotó la Fideo.

Entreveradas en una sola melancolía, llegaron flotando por entre la lluvia diversas músicas de vitrola que hicieron que Sayonara apretara el paso y no se detuviera hasta alcanzar ese mirador desde el cual se abarca el rubio serpenteo del Magdalena, que en ese instante ahogaba en sus aguas los rayos de la última luz. Pudo contemplar en su entera extensión a la ciudad de Tora, detenida contra la gran corriente y desbordada en las otras tres direcciones como si se hubiera empeñado en crecer en contra de la razón humana y de la voluntad de Dios. Al otro lado del río arreciaba el aguacero y la lejanía se fundía en grises lavados, como si hacia allá se extendiera otro país.

Atravesó el puente de Lavanderas en el justo momento en que empezaban a encenderse, una aquí y otra allá, las bombillas de colores del barrio de La Catunga, lamidas por la lluvia y muy disminuidas en cantidad, pero aún azules, rojas, verdes y amables como una Nochebuena.

-Ya no hay tantas luces -le dijo Sayonara a la Fideo.

-Qué va a haber, si ahora las putas se enmontaron y despachan en covachas. ¡Espacio, niña, que me majas! ¡Ay, don Enrique! ¡Dile a esta despiadada que amaine el trote, que acaba conmigo! -gritó la Fideo, zarandeándose como un bulto de mazorca porque la Sayonara no podía más con los latidos de su corazón, que ya corría desbocado hacia el encuentro, y había echado a correr ella también, loma abajo.

Antes de llegar a las primeras calles ya había parado de llover y Sayonara, ocultándose tras una tapia, se quitó la ropa empapada y se puso su traje de combate con todo y zarcillos y zapatos de tacón altísimo, y a la Fideo quiso organizarla entre una bata limpia y fresca de algodón floreado.

-Para que llegues buenamoza -le dijo, pero la Fideo, más ofendida que si le hubieran cruzado un par de cachetadas, reviró que qué tan bello creía que podía ser un saco de pus. Con todo y todo se dejó peinar, secar la cara y enchufar la bata, y pese a los tormentos de la entrepierna se encaramó a horcajadas en el burro, muy erguida y compuesta por cuestión de dignidad.

Fueron entonces a buscar, antes que nada, al doctor Antonio María en su consultorio. Lo encontraron parado en la puerta, avejentado y con los dientes de castor aún más notorios que antes porque las mejillas se le habían chupado.

-A este pueblo se lo ganó la moralina y su hermano siamés, el pavor-les advirtió el doctor después de darles apenas la bienvenida, contento de verlas pero demasiado atribulado para expresarlo, y siguió adelante, enardecido e incontenible, con su discurso-. A la sífilis la consideran una enfermedad obscena y a su propagación y la de otras venéreas la llaman la peste, sin diferenciar. Todo mal mayor del cuerpo es peste y es inmundito y censurable, se trate de viruela, carate, mal de pinto, pían, lepra de monte, mal azul y hasta llagas comunes o heridas de mal ver. La filosofía generalizada es que cualquier varón enfermo es una víctima, que toda puta está enferma y que toda enferma es puta. Las prostitutas, y en ningún caso los hombres que se acuestan con ellas, son la fuente del contagio, el origen del mal. El credo vigente es que a las enfermas hay que exterminarlas y a las putas hay que erradicarlas, y según andan diciendo, a medio centenar de prostitutas, o sospechosas de serlo, las han encerrado en Altos del Obispo, en un campo de detención con alambre de púas y vigilancia militar. Otras se han trasladado a vivir en el cementerio para trabajar por partida doble, brindando su amor en las noches sobre las tumbas y

ganándose unos centavos complementarios durante el día, como plañideras. Mientras tanto la comunidad de los sanos sigue firme con su cruzada y se vanagloria de su conducta inflexible porque da por hecho los vínculos entre la peste y la degradación moral. Nadie, y menos que nadie las propias prostitutas, quiere saber nada de explicaciones científicas ni de formas de prevención, porque les resulta más dramática y más seductora, más útil para la autocompasión que siempre han practicado, la creencia de que la enfermedad es la expresión de la cólera divina porque Dios es partidario de la monogamia.

-¿Nos regala un vasito de agua, doc? -le interrumpió la monserga Sayonara con suma timidez, y sólo entonces el doctor Antonio María cayó en cuenta del cansancio absoluto que traían encima las viajeras y del deplorable estado de salud en que venía la Fideo.

-¡Discúlpenme, por favor! -suplicó, de verdad avergonzado-. Sigán, sigán, que adentro hay cama y comida para las dos.

-¿Cómo están la Preciosa y los niños? -le preguntó, sonriendo, Sayonara, y el doctor, que en un primer momento no supo quién era la Preciosa, recordó enseguida la ocurrencia de su mujer, se rió también y contestó que estaban alentados y que se habían trasladado a vivir a la parte trasera del consultorio por temor a que los agredieran en casa mientras el doctor estaba afuera, trabajando.

-Y entonces, doc -le preguntó Sayonara-, ¿se están acabando las putas en Tora?

-Hay más que antes, sólo que más desgraciadas. Los hombres que se casan no por eso...

-La Copa Rota era un palacio comparado con lo que vimos hoy -lo interrumpió la Fideo.

-...los que se casan no por eso dejan de visitarlas, y también las buscan los que van llegando con el trasiego, ahora multitudinario por los desplazamientos que ocasiona la violencia en el campo.

-Bueno, doc, yo me voy yendo antes de que se haga más tarde, porque le traigo a la madrina un arequipe en totumo y ella no come dulce después de las nueve, porque según dice le alborota el insomnio -se despidió Sayonara-. Dejo a mi enferma en buenas manos. Hacia las once vuelvo y lo reemplazo en el horario nocturno.

-Esta noche por ningún motivo. Hoy descansa y mañana también y te espero el miércoles, si quieres. De la Fideo nos encargamos la Preciosa y yo. Queda con otras dos compañeras, Niña de Cádiz y la Dientes de Oro, que están aquí internadas mientras se alientan...

-Mientras se alientan o se mueren -volvió a interrumpir la Fideo.

...que están aquí mientras se alientan, así que no se va a sentir sola. ¿Y el burro, te llevas al burro?

-El burro es de la Fideo.

-Entonces déjalo, que nos viene bien para traer agua. Espera, niña -le pidió en el último instante el doctor, deteniéndola por el brazo-, deja que te revise. No me toma más de cinco minutos. No seas irresponsable ni obstinada; mira que, moralismos aparte, el contagio se está extendiendo y si la enfermedad se controla a tiempo es mejor que si...

-Ni loca, doc -lo cortó en seco la Sayonara-, ninguna falta me hace que usted me examine las partes físicas, ni que me meta por allá adentro sus espejos y sus palancas. Yo me sé mirar a mi propia persona y le aseguro que tengo el chocho más lozano que una rosa.

"Picha dura no cree en Dios", había escrito la "subversión en grandes letras irregulares sobre la fachada del Ecce Homo, y Sayonara atravesaba la plaza central con recelo, olfateando ése y otros desconocimientos como quien regresa a un lugar donde nunca ha estado. Veía más policía dando vueltas; más muchachos de gafa negra; menos parejas bailando en los cafés; más basura regada por las calles; la gente más silenciosa, más elegante, mejor vestida; otros más zarrapastrosos y hambrientos; muchos sin techo ni trabajo que se arrimaban con todos sus hijos a cualquier esquina sin nada que hacer, salvo esperar.

Al pasar frente a la estatua del Descabezado, Sayonara sintió en el alma el mordisco de un mal recuerdo, o de una premonición, ¿o era más bien el olor dulzarrón y pervertido que emanaba del matadero municipal? Unos instantes después se topaba cara a cara con quien menos hubiera deseado, el malandrín del Piruetas, que avanzaba por entre el gentío a saltos nerviosos de sus zapatitos blancos, con un escaparate portátil colgado al cuello sobre el cual exhibía variedad de potingues y hierbas del buen querer, y la afamada Pomada de la Condesa para remendar la doncellez, don muy solicitado en aquellos tiempos de contrarreforma.

-Entre más prohibiciones, mayor el retorcimiento del negocio pornográfico, y quién mejor que el Piruetas para exprimírle el jugo a esa fruta. Cuando se le agotó la veta de la falsificación de cuadros -me cuenta Sacramento-, se dedicó a la venta de un estimulante que hizo época en Tora, inventado, fabricado y promovido por él mismo: los sutorios de pimienta.

-¡Así brincotea el Piruetas por la vida! -ríe Todos los Santos-. Muy así, con resabios de polichinela culiapretado, como si estrenara sutorio de

pimienta entre las nalgas.

-Además vendía preservativos de tripa animal -me | sigue informando Sacramento-, también patentados por él y promovidos como la moderna solución contra los embarazos y los contagios, pero de mala fama entre los usuarios por incómodos, por resbalosos y por sus resultados inciertos.

-¡A penar, hombres de corazón tierno, que la Hermosa está de vuelta! -pregonó en falsete el Piruetas al ver pasar a Sayonara, y rostros para ella extraños voltearon a mirarla.

-Anda a comer mierda, bicho agorero -reviró ella, espantándolo con la mano-. La última vez que me soltaste un requiebro me cagaste la vida, y aún no me repongo.

Aunque ella no se percatara, muchos ojos la habían visto, le habían seguido uno a uno los pasos, le habían olfateado el rastro desde el mismo momento en que había vuelto a pisar el pueblo, y ahora la voz de alerta del Piruetas se regaba de casa en casa: había regresado. Por segunda vez se tomaba el pueblo la niña puta; Sayonara, la puta-esposa; Amanda, la novia vestida de blanco; la esposa ya sin su marido y otra vez vestida de noche; la bella desafiando al mundo como hacía en aquellos otros tiempos, los que a sangre y fuego quería olvidar la gente.

-Tal vez si hubiera regresado con el pelo recatado y el cuerpo escondido entre ese traje sombrío de novicia triste que llevaba en Villa del Amparo -especula la Machuca-tai vez...

Por si fuera poco había entrado portando sobre un burro la imagen ejemplarizante y rediviva del pecado con todas sus consecuencias, es decir a la Fideo, toda ella florecida en chancros, varios ocultos y uno exhibido en aquel lugar donde más aterra y ofende al prójimo, es decir en plena cara. No acababa Sayonara de mandar a comer mierda al Piruetas cuando percibió en la multitud que la rodeaba los reflejos súbitos y espasmódicos y al mismo tiempo pavorosamente sincronizado del ganado en el instante previo a la estampida. En medio de una imprevista parálisis del aire se produjo una repentina y oscura coreografía colectiva a la cual ella misma trató de integrarse sin saber por qué, tal vez por mero instinto de sobrevivencia.

-Para esto volví al pueblo, para encontrarme con mi destino -me dice Todos los Santos que alcanzó a discernir Sayonara en un destello de lucidez final.

Segundos después quedaba aprisionada por la barrera humana en una forzosa primera fila justo frente al lugar donde un grupo espontáneo de iracundos

sacrificaba a un nombre enjuto, bajo de estatura, con una camisa clara y desabrochada cuyas faldas flotaban fuera del-pantalón.

-¿Entonces no le cayeron a ella?

-Calle esa boca y toquemos madera -Todos los Santos golpea la mesa con los nudillos- Le cayeron a otro cristiano y no a ella, porque como le aclaró el otro día la Fideo, Sayonara cargaba en el hombro al pajarraco negro, pero lo mantenía apaciguado y le daba de comer con la mano. Pero no perdió detalle de aquel episodio y la pasión y muerte de ese individuo quedaron tan grabadas en ella, que varios días después seguía repitiendo como una automática que era pequeño y reseco, que llevaba la camisa por fuera del pantalón y que antes de expirar quiso decir algo que nadie entendió. Era zapatero, ¿sabe? Lo que se llama un zapatero remendón. Un artesano humilde con un nombre estafalario, Elkin Alexis Alpamato, oriundo de Ramiriquí, en Boyacá, con tres años y medio de permanencia en Tora. Todas lo conocíamos porque le llevábamos el calzado para reparación. Cuando un tacón puntilla se gastaba, se torcía o se floreaba, nadie como él para remozarlo con cuero nuevo y tapa reforzada en metal. Alegaba que los zapatos de tacón alto eran uno de los siete inventos mayores de la civilización y que junto con la media de seda habían sido el verdadero pecado de Eva en el paraíso, la auténtica manzana de la perdición. Alpamato, le decíamos, para esta noche me dejás estos tacones listos para arrancarle estrellas al pavimento, y él cumplía porque le gustaba cumplir.

Matarlo les tomó sesenta segundos y lo hicieron a físicas patadas, en un solo ramalazo fulminante de ciempiés descontrolado; asalto veloz y voraz de gorriones famélicos sobre una miga de pan. Después de la golpiza, él se puso en pie en un último intento de decencia, se recostó contra un muro, trató de pronunciar su voz postrera y volvió a caer, difunto ya, pobre guiñapo sanguinolento sin culpa ni redención. Sayonara contempló la matanza sin despegar los ojos de la víctima como si volviera a mirar lo ya visto, lo desde siempre presentado, como si fuera testigo de algo que iba a suceder y no sucedió, como si no fuera aquel hombre, sino ella misma, quien hubiera debido morir esa noche, a esa hora señalada y en la desolación de aquella esquina.

-Debió presenciar tamaño horror precisamente el día de su regreso a casa -me dice Machuca-, como si la propia ciudad se encargara de ponerla al tanto de los nuevos tiempos que campeaban por acá. -¿Qué había hecho el zapatero? -pregunto-. ¿Por qué lo mataron? ¿Quiénes? -Gente común y corriente; no crea que eran asesinos ni maldadosos de oficio. Pequeños comerciantes de Calle Caliente, enardecidos por los desalojos.

Nunca antes y nunca después se pusieron tan de acuerdo las cuatro instancias del poder, ni actuaron-tan sincronizadamente. Las medidas de

salud pública se dictaban desde el pulpito, la Tropical Oil hacía de consejera matrimonial, la Cuarta Brigada decidía cuáles debían ser los pilares de la moral y el señor alcalde, representante en Tora del Directorio Nacional Conservador y copartidario del senador Mariano Ascárraga Caballero, el ingrato que llevó a la tumba a la bella Claire, era quien señalaba con el dedo a los que merecían escarmiento y castigo por infringir las leyes éticas, higiénicas, laborales y de orden público. Uno de los ejes de esa estrategia a cuatro bandas fue la manguala para limpiar la zona roja hasta dejarla llana, porque querían construirle encima barrios de vivienda multifamiliar a imagen y semejanza del Barrio Staff, pero en versión apretujada, criolla y proletaria. Afirmaban que querían acabar con el puterío y con las zonas rojas pero a la hora de la verdad todo lo pobre les parecía rojo, como si barrio humilde y zona de tolerancia fueran la misma cosa. Después de uno de esos desalojos, el día del regreso de Sayonara, los damnificados bajaban a la plaza arrasando con lo que se les pusiera por delante, mueble o inmueble.

-¿Y por qué el zapatero? ¿Qué había hecho?

-Nada. No había hecho nada.

Sólo pretendía invocar la calma para que no vandalizaran, pero refulgía tan agudo el descontento que le cupo en despiadada suerte hacer de chivo expiatorio y recibir la descarga.

-Claro está que Sayonara le hubiera dado una explicación distinta al in suceso -me advierte la Olga-. Si le hubiera preguntado a Sayonara, le hubiera dicho que el zapatero, sin saberlo, cambalacheó su destino por el de ella.

Después del crimen, durante unos cuantos, eternos minutos, la ciudad quedó sumida en un raro letargo de silencio y de ausencia, como si todos hubieran corrido a refugiarse del espanto en el interior de sus casas o de sus propios corazones, y fue durante ese lapso de quietud ultramundana que Sayonara bajó por Calle Caliente y penetró en territorio de La Catunga sintiéndose ajena dentro de su propio cuerpo, mirando este planeta con ojos de extranjera y temblando de sobrecogimiento tanto o más que la primera vez, tantos años atrás. Entonces volvió a ver a Sacramento niño sentado sobre la zorra con sus pestañas crespas y su pelo de estopa, advirtiéndole que quien entrara a ese lugar no podría salir nunca.

Buscó la casa de Todos los Santos y no encontró sino los escombros. Volvió atrás, buscó de nuevo y nada, no encontró nada, y entonces se preguntó, me asegura la Olga, si no habría muerto después de todo, y si la historia del zapatero sería sólo una de esas mentiras piadosas que se dicen a sí mismos los muertos para paliar lo irreversible de su situación.

Montada en la dificultad de sus tacones altos y su falda entubada, sin luz de farol ni de luna, Sayonara se fue haciendo equilibrio entre las colinas de despojos creyendo adivinar aquí y allá rastros de lo vivido: este poco de polvo fueron naranjas al desayuno, aquel ladrillo quedó de la tarde en que me dijiste, estos terrones fueron monedas en mis bolsillos, esta pila de greda...

-¡El collar de Aspirina! -gritó de pronto, porque allí estaba el collar de Aspirina con todos y cada uno de sus falsos diamantes, refulgente y real entre ese montón de nada e invitando a Sayonara a recuperar la fe en su propia existencia.

No encontró mucho más que celebrar, ni patio, ni ventana, ni cielo al otro lado de la ventana, ni espejo junto a la alberca ni tampoco alberca, ni canarios en las jaulas, ni marranera ni platanal, ni tienda de grano en la esquina, ni Dancing Miramar con sus concursos de baile y sus decorados en peluche rojo. A qué creerle, ¿al collar, que estaba ahí, o a todo lo demás, que no estaba?

-¿Y mi madre Matildita Monteverde? ¿Y mi madrina Todos los Santos? -le preguntó en voz alta a la oscuridad.

-De tu madre no sé nada -le contestó un ser humano que salió no supo de dónde-. De tu madrina sí te puedo dar razón. Después del desahucio vino la demolición y Todos los Santos se mudó a vivir a casa de la Olga.

-Y la casa de la Olga, ¿no la tumbaron?

-No. Hasta allá no han llegado las mejoras. Esto de por acá ya no se llama La Catunga sino La Constancia, y dicen que dentro de poco va a ser un barrio respetable. Sayonara agradeció la información y se alejó de este segundo escenario de su pasado, al que pronto le pasarían por encima los bulldózers así como al primero, el de su niñez, lo habían devorado las llamas, y así como al tercero, el de su matrimonio, ya empezaba a pasmarlo el lado quieto de la memoria.

El patio de la Olquita olía a de todo, a lo bueno y a lo malo, a hierbas aromáticas verdeando en las materas, a comida apetitosa dorándose en el horno, a orines de animal doméstico, a tufos del caño que corría cerca con sus aguas negras dando tumbos por entre peñascos. Todos los Santos sopeaba en benzoato de bencilo a un cuadrúpedo afectado por la sarna cuando vio aparecer a Sayonara, y habían sido tantos y tan largos los

días de la espera que no supo si era realmente ella o sólo su recuerdo encarnado. Tampoco pudo saludar, manifestarle su mucha complacencia ni preguntar nada porque comprendió que la ahijada, que venía descompuesta y empalidecida, no estaba para agasajos ni para respuestas y que lo único que quería era relatar el horror del linchamiento una vez y otra vez y otra más, como si congelando la escena en palabras lograra evitar que aconteciera.

-¿Será verdad que a veces otro muere por ti? - fue la primerísima frase que dijo al entrar- Tengo el palpito, madrina, de que le acaba de caer a un zapatero una muerte que venía dirigida a mí.

-Por mucho que la Olga y yo le argumentábamos, no lográbamos sacarle ese fanatismo de la mente -me cuenta Todos los Santos-. Ella juraba que había visto el rayo de la muerte descender del cielo derecho hacia su persona y desviarse en el último instante para fulminar a Alpamato.

Sin escuchar razones, Sayonara entró al dormitorio y se dirigió al amo, ese joven Jesucristo atormentado y con el corazón expuesto que sabía, como ella, ofrecerle al prójimo sus entrañas; el mismo que se había convertido en pavor y también en consuelo de sus días de infancia, el que durante tantas horas de trabajo sobre el catre en decúbito supino había alumbrado con lámparas ardientes su mínima verdad de niña solitaria y desnuda, haciéndola invulnerable al bañarla en su fulgor rojinegro.

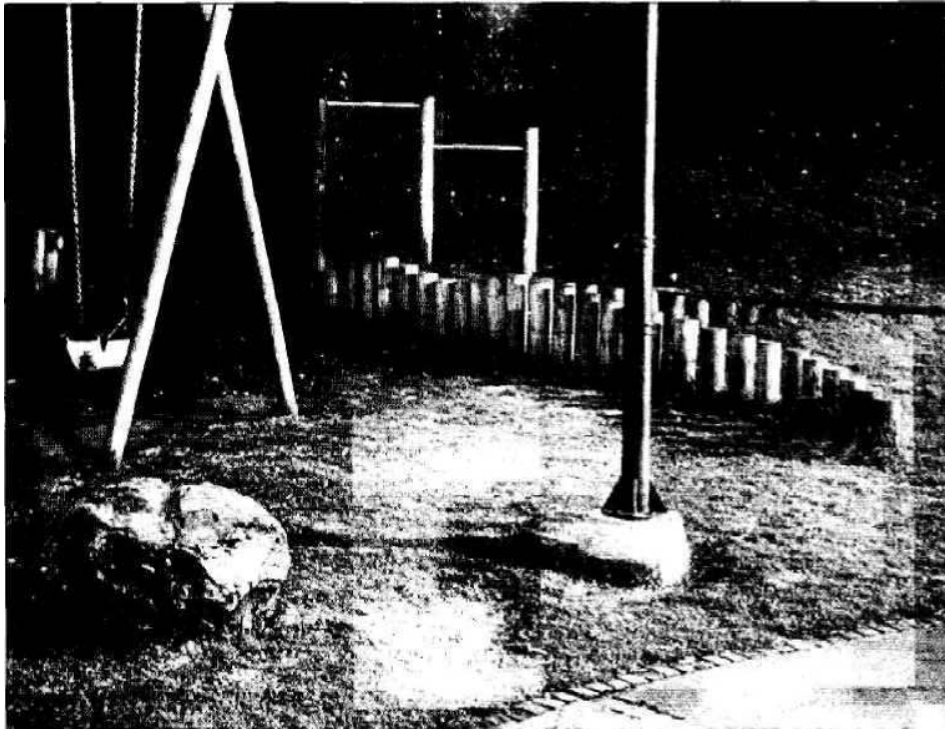
-Señor mío Jesucristo -imploró arrodillándose ante el cuadro-, santo patrono de los desbaratados, cuida del alma de tu siervo Alpamato, ya que su cuerpo se lo tiraste a las fieras. Si es cierto que él murió en vez de mí, siguiendo tu santo ejemplo, dale las gracias de mi parte. Dile que ya llegará el día en que yo también deba cargar con una muerte ajena y que espero cumplir entonces con tanta generosidad como él acaba de hacerlo conmigo.

-¿Qué está sucediendo en este pueblo, madrina? -preguntó al salir al patio.

-Cosas raras. Los muchachos matan gatos y los despellejan, algunas personas salen de su casa y nadie vuelve a saber de su paradero. Ya te digo, pasan cosas. El otro día en plena Calle Caliente amaneció acuchillado el pavo real de doña Magola.

-¿Acuchillado un pavo real? ¿Y quién querría acuchillar un pavo real?

-Qué sé yo, tal vez el mismo que despelleja gatos. ¿Y las niñas? -fue lo único que a su turno atinó a indagar Todos los Santos. Por Sacramento no quiso ni averiguar, porque le echaba la culpa del descalabro de la familia y de toda Tora



.-Las niñas están bien allá, en Virgen del Amparo. Sacramento las cuida más que si fuera su padre. Yo me vine sola, madrina- anunció Sayonara-, y no pienso volver con él.

-Todo lo haces al revés -le reprochó la madrina-. Dejas de ser casada precisamente ahora, cuando las esposas circulan orondas mientras las putas pasan agachadas para esquivar la animosidad. Déme esa papaya, ¿qué vale aquella guanábana?, así dicen las señoras cuando van al mercado, así, señalando las frutas con dedos tiesos para que les noten los brillos de la alianza de oro en el anular -le contó-. Y compran carne barata en el comisariato con un carné que las acredita como familia legítima de obrero de la empresa. Las vieras, le regalan la tarde entera a un ocio extranjero que llaman el té canasta y que consiste en jugar a los naipes y atragantarse de bizcochitos y golosinas.

-Eres dura con ellas -le quiso hacer notar la Olga, que estaba de plácemes por el regreso de Sayonara y le ofrecía mantecadas y pandeyucas, porque para ellas no hay mejor forma de expresar cariño que agasajar con

Eduardo Consuegra
FOTOGRAFÍA B/N 1999

alimentación en abundancia- También las casadas friegan el piso y le echan sal a la sopa y sufren desengaños, igual que nosotras...

-¡Chitón, Olguita! -la calló Todos los Santos-, que al enemigo no hay que darle ni la hora. Como dije, las esposas a jalarle al bizcocho y al vinillo, ¿y las putas? Las putas, que se sienten pasadas de moda y arrinconadas, para sobrevivir han tenido que inventarse todo un repertorio de monerías en la cama.

Para ser solicitadas, a las mujeres de la vida se les volvía indispensable conocer malabares, floreteos y exquisiteces antes difíciles de imaginar, y ya no era nadie la niña que no se desempeñara con soltura y sin remilgos en el doble plato, la lluvia de oro, el more canino, el salto del ángel, la chupandinga, la arepería, la entrada por el garaje, la gotita de leche y cuanto exotismo ha inventado el género humano, llegando hasta el extremo de afeitarse el vello del pubis para garantizarle a los clientes, cada vez más exigentes y rudos, que estaban limpias de ladillas.

-¿La Machuca? Aquí donde no nos oiga, a la

Machuca le dio por pintarse de púrpura los pezones...